CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

2



Las frágiles fronteras de Europa

Rosario de la Torre del Río

Historia 16

295 ptas

historia 16

INFORMACION E HISTORIA, S. L.
PRESIDENTE: Isabel de Azcárate.
ADMINISTRADOR UNICO: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.°. 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00-407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08022 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.
IMPRIME: Rivadeneyra, S. A.
DISTRIBUYE: INDISA. Rufino González, 34 bis. Teléfono: 586 31 00. 28034 Madrid.
ISBN: 84-7679-271-9
Depósito legal: M-18852-93

CUADERNOS DEL
MUNDO ACTUAL

Coordinación:

Angel Bahamonde Magro, Julio Gil Pecharromán, Elena Hernández Sandoica y Rosario de la Torre del Río

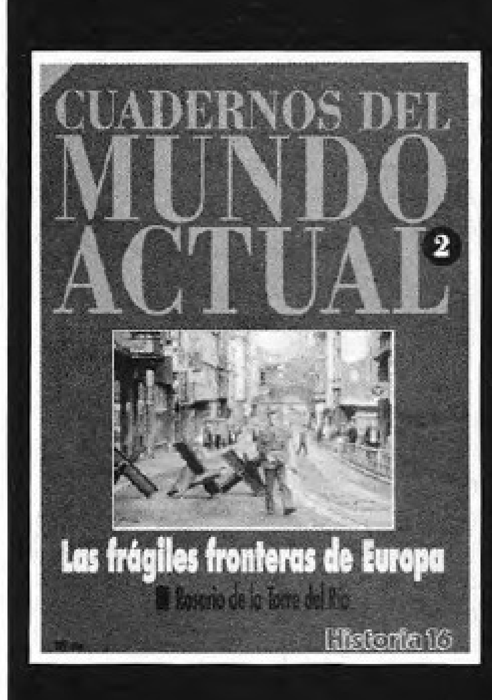
Universidad Complutense

1. La historia de hoy. • 2. Las frágiles fronteras de Europa. • 3. La sociedad española de los años 40. • 4. Las revoluciones científicas. • 5. Orígenes de la guerra fría. • 6. La España aislada. • 7. México: de Lázaro Cárdenas a hoy. • 8. La guerra de Corea. • 9. Las ciudades. • 10. La ONU. • 11. La España del exilio. • 12. El Apartheid. • 13. Keynes y las bases del pensamiento económico contemporáneo. • 14. El reparto del Asia otomana. • 15. Alemania 1949-1989. • 16. USA, la caza de brujas. • 17. Los padres de Europa. • 18. Africa: tribus y Estados, el mito de las naciones africanas. • 19. España: «Mr. Marshall». • 20. Indochina: de Dien Bien Fu a los jmeres rojos. • 21. Hollywood: el mundo del cine. • 22. La descolonización de Asia. • 23. Italia 1944-1992. • 24. Nasser. • 25. Bélgica. • 26. Bandung. • 27. Militares y política. • 28. El peronismo. • 29. Tito. • 30. El Japón de McArthur. • 31. El desorden monetario. • 32. La descolonización de Africa. • 33. De Gaulle. • 34. Canadá. • 35. Mujer y trabajo. • 36. Las guerras de Israel. • 37. Hungría 1956. • 38. Ghandi. • 39. El deporte de masas. • 40. La Cuba de Castro. • 41. El Ulster. • 42. La Aldea Global. Mass media, las nuevas comunicaciones. • 43. China, de Mao a la Revolución cultural. • 44. España: la emigración a Europa. • 45. El acomodo vaticano. • 46. Kennedy. • 47. El feminismo. • 48. El tratado de Roma. • 49. Argelia, de la independencia a la ilusión frustrada. • 50. Bad Godesberg. • 51. Nehru. • 52. Kruschev. • 53. España, la revolución del 600. • 54. El año 1968. • 55. USA, el síndrome del Vietnam. • 56. Grecia, Z. • 57. El fenómeno Beatles. • 58. Praga 1968. • 59. El fin del mito del Che. • 60. W. Brandt. • 61. Hindúes y musulmanes. • 62. Portugal 1975. • 63. El Chile de Allende. • 64. La violencia política en Europa. • 65. El desarrollo del subdesarrollo. • 66. Filipinas. • 67. España, la muerte de Franco. • 68. La URSS de Breznev. • 69. La crisis del petróleo. • 70. La Gran Bretaña de Margaret Thatcher. • 71. El Japón actual. • 72. La transición española. • 73. USA en la época Reagan. • 74. Olof Palme, la socialdemocracia sueca. • 75. Alternativos y verdes. • 76. América, la crisis del caudillismo. • 77. Los países de nueva industrialización. • 78. China, el postmaoísmo. • 79. La crisis de los países del Este, el desarrollo de Solidarnosc en Polonia. • 80. Perú, Sendero Luminoso. • 81. La Iglesia de Woytila. • 82. El Irán de Jomeini. • 83. La España del 23 F. • 84. Berlinguer, el eurocomunismo. • 85. Afganistán. • 86. España 1982-1993, el PSOE en el poder. • 87. Progresismo e integrismo. • 88. El peligro nuclear/la mancha de ozono. • 89. Gorbachov, la perestroika y la ruptura de la URSS. • 90. La sociedad postindustrial. • 91. La guerra del Golfo. • 92. Los cambios en la Europa del Este: 1989. • 93. La OTAN hoy. • 94. La unificación alemana. • 95. El SIDA. • 96. Yugoslavia. • 97. Hambre y revolución en el cuerno de Africa. • 98. Las últimas migraciones. • 99. Clinton. • 100. La España plural.

INDICE

Las frágiles fronteras de Europa

■ Rosario de la Torre del Río



Militar bosnio patrullando por las calles de Sarajevo en los primeros días de la guerra yugoslava



El hundimiento de la Unión Soviética ha permitido, a partir de 1989, el surgimiento de nuevos países como Ucrania (arriba, manifestación en las calles de Kiev) o Letonia (abajo, banderas letonas en la ciudad de Riga)

Las frágiles fronteras de Europa

Por Rosario de la Torre del Río

Profesora titular de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

Para un historiador, escribir sobre las fronteras de la Europa de 1993 es escribir sobre una realidad histórica que, sin dejar de ser nueva, encuentra muchas claves de su explicación en un pasado que se hace presente en los conflictos que estamos viviendo en nuestros días.

En medio de una situación bastante confusa, una cosa parece clara: la reunificación de Alemania y la desintegración de la Unión Soviética, y de su amplia zona de seguridad, han afectado, de manera directa o indirecta, a todas las fronteras de Europa; en el oeste, paralizando un proceso de integración que buscaba difuminarlas; en el centro y en el este, multiplicándolas con la ruptura de los grandes equilibrios sobre los que reposaba el continente desde la Segunda Guerra Mundial.

Pero si la recuperada independencia de Estonia, Letonia, Lituania, Bielorrusia, Ucrania y Moldova, empujando hacia el Este al Estado ruso, puede querer decir que la disolución de la Unión Soviética ha retrotraído estas regiones a la situación de después de la Primera Guerra Mundial, la desaparición de Checoslovaquia y de Yugoslavia, dos Estados creados *ex novo* por la conferencia de paz que puso fin a esa guerra, nos obliga a buscar en un pasado más lejano otras explicaciones de un proceso que puede extenderse a cualquier región europea en la que un solo Estado reúna a pueblos que se consideran distintos.

Si bien la separación de Chequia y Eslovaquia ha seguido un proceso racional que ha evitado el recurso a la violencia, la desintegración de Yugoslavia está siguiendo una espiral terrorífica en la que el choque salvaje entre la voluntad de independencia de eslovenos y croatas y la determinación serbia de no permanecer como minoría en ningún Estado, está produciendo una guerra irregular que no busca otra cosa que la *limpieza étnico-cultural* de unos territorios sobre los que se desea extender un Estado que no se quiere compartir; una guerra que no sólo está destrozando a los posibles Estados de serbios y croatas, sino que además está triturando a los musulmanes bosnios y herzegovinos mientras la amenaza del uso de la más feroz violencia para dirimir viejos conflictos se extiende sobre Voivodina, Kosovo, Macedonia y todos aquellos territorios de la desaparecida Unión Soviética donde la historia ha mezclado a grupos culturales distintos.

Las fronteras que en este final del siglo XX vemos aparecer y desaparecer en Europa son, para empezar, fronteras políticas que

señalan el confín de los Estados reconocidos. Si en tiempos muy antiguos el Estado existía desde el momento en que un jefe establecía su autoridad en el interior de una región no demasiado determinada, con el desarrollo de las ciudades-Estado apareció la noción del *limes*, es decir, de la frontera. Desde entonces, los criterios constitutivos de un Estado se establecieron sobre la coincidencia de un poder político, un territorio determinado y una población. El Estado moderno articulará estos tres elementos alrededor del concepto de soberanía. El Estado contemporáneo completará el proceso convirtiendo la soberanía hasta entonces principesca en nacional.

Si definimos un Estado-nación como *una organización política de población homogénea que comparte lengua y cultura, gobernada por individuos que pertenecen a dicha población y que sirven a los intereses de ésta*, empezaremos a comprender la profunda dificultad del problema que abordamos: ni la geografía, ni el poblamiento, ni la historia de Europa permiten en la época contemporánea el trazado de unas fronteras estatales que coincidan con las otras fronteras que atraviesan el viejo continente. Las fronteras lingüísticas, las fronteras religiosas, las otras fronteras culturales y las fronteras históricas se superponen en el espacio europeo con tal complejidad que ha resultado siempre muy doloroso hacerlas coincidir estrictamente con las que separan a los Estados.

El resultado de la Primera Guerra Mundial permitió a los vencedores el diseño de una Europa fragmentada en diversos Estados

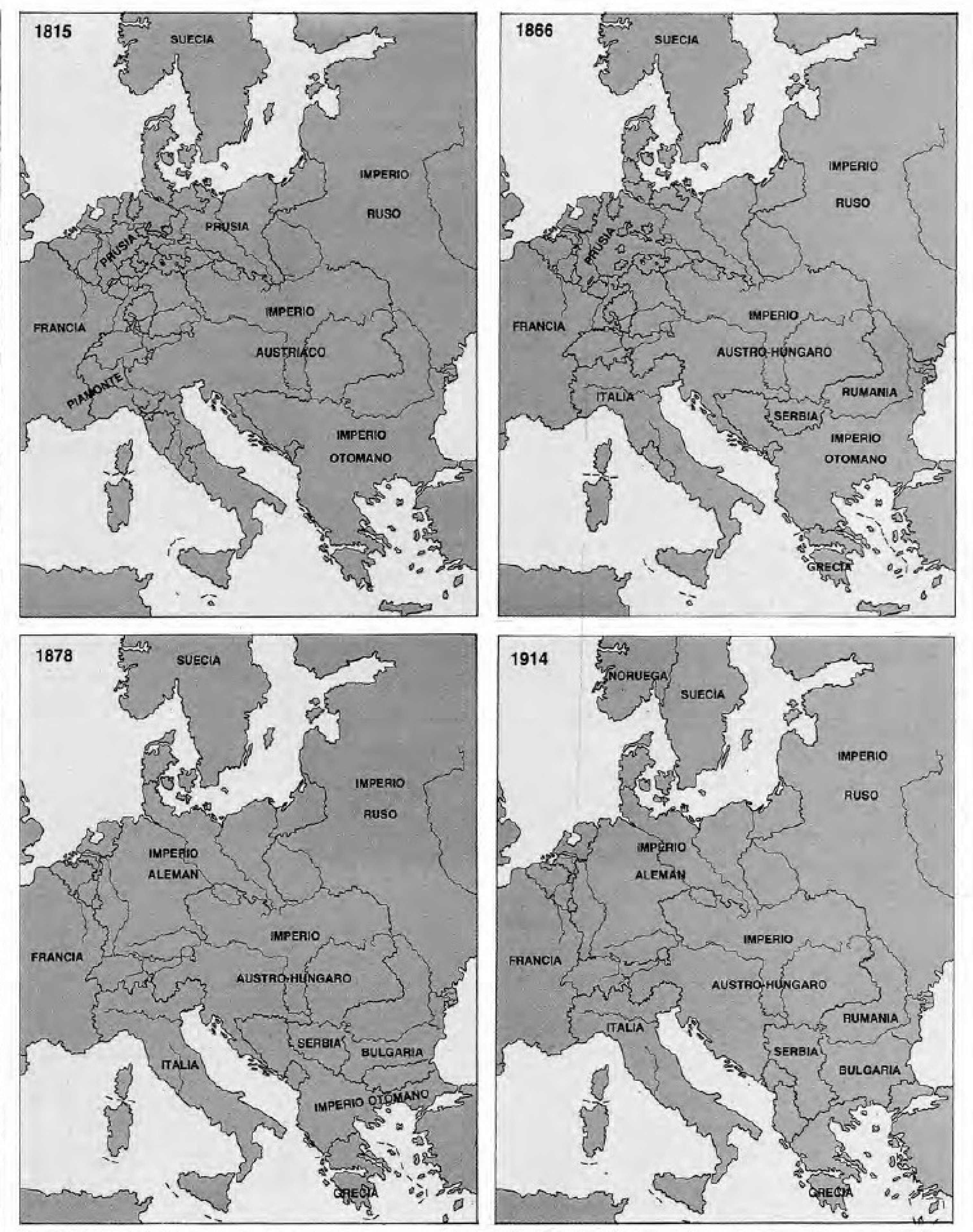
Hasta el siglo XIX los Estados europeos modificaron sus fronteras en la dinámica de la lucha por la hegemonía. Sobre la base del equilibrio de 1815, el nacionalismo unificó y fragmentó algunos Estados preexistentes. El resultado de la Primera Guerra Mundial, con la derrota de los Imperios Alemán, Ruso, Austrohúngaro y Otomano, permitió a los vencedores un nuevo diseño de una Europa fragmentada en Estados que, aunque se quisieron nacionales, no lo fueron. En cualquier caso, en aquel momento, las fronteras políticas buscaron, aunque no lo consiguiesen, una mejor adecuación a las fronteras nacionales, sin mover a los pueblos.

El siglo XX será desgraciadamente más brutal; el intento hegemónico de la Alemania nacionalsocialista irá acompañado no sólo de un nuevo cambio de las fronteras políticas, sino también de la remodelación de la composición étnica y cultural de Europa que supuso el exterminio de los judíos. Tras la Segunda Guerra Mundial, los vencedores acometerán un nuevo plan de remodelación del mapa de Europa; pero ahora el traslado de las fronteras irá acompañado de un brutal traslado de poblaciones que se ven obligadas a dejar sus casas, sus tierras y sus ciudades para forzar el acomodo entre las fronteras *políticas* y las fronteras *nacionales*. A pesar de la amplitud de los traslados forzosos de poblaciones, muchas regiones de Europa siguen siendo un mosaico cultural en el que la búsqueda obsesiva de Estados estrictamente nacionales está conduciendo en nuestros días a los desastres de unas guerras que aplican la *limpieza étnico-cultural* a los territorios sobre los que se quiere edificar el sueño estatal de un nacionalismo excluyente.

Cambios de las fronteras interestatales, intentos de adecuación de éstas a las fronteras culturales, traslados de poblaciones para forzar la homogeneidad cultural de los Estados, problemas muy graves planteados a lo largo de la época contemporánea que se siguen planteando en nuestros días. Pues bien, para conocer las fronteras reales de la Europa de 1993 debemos ser capaces de dar cuenta de su antigüedad, de su multiplicidad y de su posible coincidencia, porque, no lo olvidemos, las fronteras que atraviesan Europa, que compartimentan su espacio, que unen y separan a sus pueblos, son el legado del movimiento de pueblos distintos sobre una geografía muy especial a lo largo de una historia dramática que se dilata mucho en el tiempo.

Una geografía muy especial

Contemplada en el mapa del mundo, Europa se nos aparece como una península que, adelgazándose desde los Urales al océano, prolonga por occidente el continente asiático. Pero Europa es mucho más que



Evolución de las fronteras de Europa durante el siglo XIX. Como puede verse, en la Europa central se produce la formación del Imperio alemán y el nacimiento de Italia. En la Europa oriental, en cambio, el Imperio otomano sufre una desintegración paulatina que va a dar origen a los diversos Estados balcánicos

una simple península asiática; sus diez millones y medio de kilómetros cuadrados, una catorceava parte de las tierras que no cubren los mares, forman el *continente* que siempre ha estado más densa y uniformemente poblado del mundo. Esa extensión está situada en la zona templada, en el centro del hemisferio de las tierras emergidas, abierta a la penetración gracias al predominio de sus llanuras y a la articulación inte-

rior que permiten unos ríos de modesta longitud, curso regular y cuencas comunicadas, con un contorno animado y quebrado por penínsulas, islas, archipiélagos, golfos, istmos y mares interiores que reducen la anchura del continente, facilitando la penetración marina y la relación entre los países de las orillas opuestas.

Ni altas y extensas mesetas como las de Asia central, ni inmensas llanuras, con la excepción de la rusa, ni sistemas montañosos de la magnitud del Himalaya y los Andes; moderación, proporción, armonía y variedad caracterizan el relieve de Europa. Ni temperaturas extremas como las de Siberia, ni lluvias monzónicas o ecuatoriales, ni sequedad de desiertos africanos; moderación, variedad y contraste caracterizan también el clima de Europa.

El relieve presenta un continente dominado por las llanuras; las tierras llanas de altitud inferior a 200 metros ocupan los dos tercios de la superficie total, mientras que las tierras elevadas por encima de 1.000 metros sólo representan la centésima parte. La llanura domina toda la Europa oriental, desde los Urales al Wesser; más acá, estrechándose progresivamente en su marcha hacia el oeste, cubre casi toda Polonia, Alemania septentrional y el sur de Suecia, se estrecha aún más entre el macizo renano y el mar del Norte, y vuelve a dilatarse en el oeste de Francia. Al sur de esta gran llanura, los movimientos orográficos herciniano y alpino, aunque han elevado las tierras, también han producido otras llanuras discontinuas en las depresiones intermontanas (como las de Suabia, Franconia, Baviera, Castilla, Hungría y Valaquia), en los valles fluviales (como las del Ebro y Guadalquivir), y en las planicies litorales (como las de Valencia, Lyon y Tesalia).

Pero si las llanuras facilitan la penetración, la comunicación y el movimiento, los plegamientos montañosos van poniendo límites al espacio, favoreciendo los asentamientos más prolongados. En el costado noroeste de Europa, un arco montañoso, tendido desde el norte de Irlanda al extremo septentrional de Escandinavia, ha quedado roto por la espaciosa brecha del mar del Norte y la más angosta del mar de Irlanda. El antiguo arco herciniano derruido y dislocado ha dado forma, más al sur, a un rico paisaje en el que se alternan montañas de pequeña altitud, mesetas y llanuras. Por último, el movimiento alpino es el responsable de las grandes montañas europeas que, entre el Mediterráneo —cuyas aguas dominan— y las montañas y llanuras de la Europa central, constituyen el armazón de una Europa meridional muy compartimentada.

La configuración litoral del continente es tan rica y variada como la vertical. La gran península que se destaca del continente asiático tiende a inscribirse en un triángulo, con el lado menor en oriente, en el istmo del entronque con Asia, y con los dos lados mayores, los del Atlántico y del Mediterráneo, descompuestos a su vez en un amplísimo conjunto de entrantes y salientes, de penínsulas, golfos y mares interiores que van alargando el territorio europeo hacia occidente a través de una serie de istmos que se suceden y se reducen de este a oeste. Conviene no olvidar que esos mares y costas, con la excepción de la casi totalidad del litoral ártico, han sido siempre mares y costas en los que la vida de los hombres ha podido realizarse con facilidad; en el Atlántico, el juego de las corrientes marinas, el zócalo continental y el aflujo de los grandes ríos han determinado la formación de ricos bancos pesqueros y han favorecido la navegación y la extroversión de los europeos más allá de unos límites durante mucho tiempo inciertos; en el Mediterráneo, y en su prolongación hasta el mar Negro, los europeos han encontrado un escenario privilegiado para una experiencia histórica que ha comprometido también a los pueblos asiáticos y africanos.

En el Mediterráneo, y en su prolongación hasta el mar Negro, los europeos han encontrado un escenario privilegiado para una experiencia histórica en compañía de asiáticos y africanos

El clima, determinado no sólo por una latitud que deja al continente fuera de la zona tropical, sino también y sobre todo por la influencia de unos mares que se cuelan por la desgarraduras de su perfil costero y por unos vientos atlánticos —moderadores y reguladores de las temperaturas, cuya penetración facilita la existencia de amplias llanuras— di-



DESMEMBRAMIENTO
DEL IMPERIO
AUSTRO-HUNGARO
El imperio
austro-húngaro en 1914
Estados surgidos de
los tratados de paz
Estados que incorporan
territorios del imperio
Zonas de plebiscito
POLONIA
Vistula
GALITZIA
OCCIDENTAL
ORIENTAL
Checosl. 1919,
Polonia 1920
Prot. hasta 1923
RSFSR
ALEMANIA
Elba
Praga
BOHEMIA
Teschen
CHECOSLOVAQUIA
ESLOVAQUIA
RUTENIA
Dniester
Viena
AUSTRIA
Burgeland.
Plebiscito 14-XII-21
Budapest
Tisza
Ocup. por los rumanos,
agosto 1919
BUKOVINA
BESARABIA
MOLDAVIA
TRANSILVANIA
RUMANIA
Mures
HUNGRIA
ALTO
ADIGIO
Klagenfurt.
Plebiscito 10-X-20
ESLOVENIA
ISTRIA
Fiume (ciudad
libre 1920)
CROACIA
BANATO
ITALIA
REINO DE LOS SERBIOS,
BOSNIA
Belgrado
VALAQUIA
Bucarest
Zara (Ital.)
(YUGOSLAVIA)
DALMACIA
SERBIA
CROATAS Y ESLOVENOS
MONTENEGRO
BULGARIA
Maritza
TURQUIA
MACEDONIA
ALBANIA
GRECIA

vide el continente en tres áreas climáticas fundamentales: una oceánica, otra continental y una tercera mediterránea.

La configuración horizontal del territorio y las condiciones de su clima explican la existencia de unos ríos europeos con longitudes y caudales moderados; los sucesivos estrechamientos del continente y la falta de espacios continuos no permiten el desarrollo de grandes ríos, con excepción del Danubio y de los cursos fluviales que transcurren por la llanura oriental. La situación de Europa en la zona templada deja al continente fuera del área de las grandes lluvias tropicales, que alimentan los ríos más caudalosos del mundo. Así, los europeos son fundamentalmente ríos de llanura, con cuencas que se comunican con facilidad gracias a la moderación del relieve.

En la llanura norte, la disposición transversal de los que desembocan en el Atlántico —Garona, Sena, Loira, Mosa, Escalda, Rin, Wesser, Elba, Oder y Vístula— no sólo no ha sido suficiente para poner límites precisos y relativamente permanentes a las *idas y venidas* de pueblos distintos, sino que además, en algunos casos, ha hecho bascular hacia el norte a regiones que, como Bohemia, están situadas al sur de las montañas. Entre la gran llanura atravesada por los ríos atlánticos, pero abierta, y la Europa de las penínsulas mediterráneas, con valles que articulan y comunican espacios más cerrados, el Danubio es un río *horizontal*, que enhebra regiones muy distintas formando en esa dirección otro amplio espacio continuo.

Unos pobladores antiguos, variados y en movimiento

Durante la última glaciación, los primeros *europeos* empezaron a poblar el sur del continente, hasta donde los hielos lo permitían. A fines del Paleolítico el panorama racial de Europa empezó a complicarse: distintos tipos de dolicocéfalos y de braquicéfalos multiplicaron la población europea durante el Neolítico. Más tarde, los pueblos que se encontraban en posesión de la espada y la lanza de hierro sometieron fácilmente a los pueblos de la espada y el puñal de bronce: dorios y celtas protagonizaron unas primeras invasiones que serán seguidas, varios siglos después, por las de los germanos. Precisamente cuando las grandes invasiones germánicas ponían fin al Imperio Romano, penetraba en Europa, procedente de Asia, otra gran corriente humana, la de los eslavos, hunos, ávaros, magiares, fineses y tártaros.

El trasiego de poblaciones será el responsable de que Europa entre en el siglo XX con una mezcla étnica que impide precisar los límites de unas posibles razas europeas

Los grandes movimientos migratorios se acentuarán durante la Edad Media; por una parte, los vikingos recorrerán las costas atlánticas y mediterráneas; por otra, Asia y Africa enviarán sobre Europa otra nueva oleada, la de los árabes, sirios y beréberes, que alcanzará la Península Ibérica y el sur de Italia, mientras la estepa rusa servía de ancha ruta a los jinetes mongoles. Más tarde, mientras los reinos cristianos de la Península Ibérica culminaban una *reconquista* que necesitó ocho siglos para terminar con la dominación árabe, pero que no impidió la mezcla de sangre y de culturas, otro pueblo asiático —los turcos— se adueñaba de toda la península de los Balcanes y, Danubio arriba, llegaba hasta las puertas de Viena.

El trasiego de las poblaciones, que no cesará en los siglos siguientes, será el responsable de que Europa entre en el siglo XX con una mezcla étnica que impide precisar los límites de unas posibles razas europeas —que en ningún caso se correspondían ni con unidades geográficas bien delimitadas, ni con nacionalidades, ni con Estados— y con una gran complejidad cultural que es expresada, más allá de la sencillez de las fronteras interesadas, a través de la existencia de un mosaico abigarrado de lenguas, religiones y lealtades construidas a través del tiempo. A lo largo de la época contemporánea, el mosaico cultural se complicará todavía más como consecuencia del desarrollo de unas ciudades en las que se mezclan gentes llegadas de muy distintos sitios.

No debemos olvidar que la lengua ha sido un importantísimo factor de complejidad y

de diferenciación en el proceso de formación de las distintas identidades europeas. La lengua no es sólo un sistema de modos de pensar y la cristalización de múltiples experiencias y reacciones espirituales. Con la lengua van un conjunto de tradiciones, símbolos, modos de pensar y sentir, formas de vida espiritual y material que dan a los pueblos la base de su identidad.

Una larga historia que une y separa

El abigarrado mosaico de los grupos humanos constituye la realidad social básica sobre la que la Historia ha trazado otras fronteras, creando agrupaciones más amplias, en algunos casos seculares, que han ido uniendo a conjuntos de pueblos, casi siempre culturalmente distintos, favoreciendo el mestizaje étnico y cultural. Al comienzo de nuestra era una gran frontera dividió Europa a lo largo del Rin y del Danubio: al sur se extendía el Imperio Romano, organizado y civilizado; al norte se extendían *bárbaros* como los germanos y los dacios. Sobre esta base, conviene recordar que entre los siglos I y V de nuestra era todos los pueblos del Mediterráneo y del sur de Europa, hasta el Rin y el Danubio, vivieron dentro de unas mismas fronteras, bajo una misma dirección política, hablando una misma lengua y participando de los beneficios de una civilización unitaria: la civilización greco-ro-

Alsacia-Lorena

El corazón de Europa, Alsacia y Lorena —la legendaria Lotaringia— ha conocido como pocos espacios del continente los avatares de su historia. Las dos regiones entran en la edad contemporánea integradas en la Francia revolucionaria, pero contando en su interior con una considerable proporción de población de lengua, cultura, tradiciones y modos de vida alemanes. Esta especial circunstancia es la que decide su destino para los siguientes dos siglos.

En 1870-71, la guerra con Alemania provoca el hundimiento del Segundo Imperio francés. Es la hora del esplendor germano, cuando Bismarck se erige en árbitro de la escena europea y proclama el II Reich en el mismo palacio de Versalles. Esta realidad habrá de constituir durante cuatro décadas la más destacada referencia para un nacionalismo francés cada vez más exacerbado y escorado a la derecha reaccionaria.

En los primeros momentos, la población de lo que ahora se llama Elsass-Lotheringen no acepta de buen grado la gobernación alemana y llega a producirse un significativo movimiento migratorio por parte de quienes prefieren seguir considerándose franceses. Desde un punto de vista administrativo, la zona es calificada de Reischsland —territorio imperial— y hasta el año 1902 no cuenta con órganos de gobierno propios. Habría que esperar hasta 1911 —ya casi en vísperas de la nueva guerra— para que un ordenamiento constitucional viniese a impulsar el proceso de germanización ya emprendido por las autoridades.

La victoria de los aliados en 1918 da un vuelco total en la historia de alsacianos y loreneses. En 1919, las dos regiones retornan a la soberanía de una Francia desangrada pero victoriosa. Los siguientes años ven el nacimiento en el interior de estas sociedades de un activo movimiento dirigido a la obtención de un mayor grado de autonomía según las propias especificidades.

El inicio de la Segunda Guerra Mundial y la invasión y derrota de Francia vuelven a abrir la vieja herida y Alsacia-Lorena pasa a integrarse en el victorioso Reich. Entre 1940 y 1944, junto a actitudes de resistencia o de mera pasividad, se observan aquí señaladas actividades de colaboración con el ocupante. Formaciones de voluntarios son reclutadas para luchar en el frente del Este con distintivos propios, al lado de contingentes semejantes —División Azul y otras— empeñadas en el aplastamiento de la Rusia soviética.

La liberación introduce de nuevo a la región bajo soberanía de Francia, otra vez erigida en el bando de los vencedores.

A partir de entonces el sistema ha conseguido integrar plenamente a Alsacia-Lorena dentro del conjunto francés, evitando en lo posible imposiciones legales que pudieran ser consideradas lesivas para su idiosincrasia. Ello ha hecho que hoy las tendencias autonomistas sean prácticamente residuales. Integrada por los departamentos de Alto Rin, Bajo Rin y Mosela, Alsacia-Lorena se ha convertido, con la ciudad de Estrasburgo como sede del Parlamento Europeo, en destacado símbolo de la unidad y la cooperación continentales.

mana. Fue la primera *unidad* que vio Europa.

Cuando los cuadros políticos del Imperio Romano se desarticularon bajo la presión de las grandes migraciones, otra unidad, más amplia y con una cohesión más vigorosa, fue formándose a lo largo de los siglos medievales. El Cristianismo, que cuando sobrevinieron las grandes migraciones era ya la religión oficial del Imperio, pasó el Rin y el Danubio y colocó bajo el signo de la cruz a latinos, germanos, eslavos, magiares, celtas, griegos y albaneses. Europa fue entonces la Cristiandad y el legado de la civilización greco-latina se enriqueció con la aportación del Cristianismo.

LENGUAS, RELIGIONES, ALFABETOS

Pueblo	Lengua	Religión	Alfabeto
Bielorrusos	EE	O	C
Ucranianos	EE	O	C
Polacos	EO	C	L
Checos	EO	C	L
Eslovacos	EO	C	L
Eslovenos	ES	C	L
Croatas	ES	C	L
Bosnios	ES	M	L y C
Serbios	ES	O	C
Montenegrinos	ES	O	C
Macedonios	ES	O	C
Búlgaros	ES	O	C
Letones	B	L y C	L
Lituanos	B	C	L
Rumanos	R	O	L
Moldavos	R	O	C y L
Griegos	G	O	G
Albaneses	A	M	L
Fineses	U	L	L
Estonios	U	L	L
Húngaros	U	C	L

LENGUAS:	
Albanesa:	A
Báltica:	B
Urálica:	U
Griega:	G
Románica:	R
Eslava del este:	EE
Eslava del oeste:	EO
Eslava del sur:	ES

RELIGIONES:	
Católica:	C
Luterana:	L
Musulmana:	M
Ortodoxa:	O

ALFABETOS:	
Cirílico:	C
Griego:	G
Latino:	L

Pero aunque entonces la principal frontera se situase en el eje del Mediterráneo, separando a la Cristiandad del Islam, la Europa cristiana se presentaba dividida en dos Imperios que reclamaban la herencia de Roma: al sureste el Imperio bizantino y al centro-oeste un Imperio que muy pronto tomará el nombre de Sacro Imperio Romano Germánico. Una Cristiandad dividida en dos grandes Imperios a los que se añadieron nuevos Estados, como Polonia, Hungría y Kiev en el este, y León, Navarra, Barcelona y Francia en el oeste. Mientras los nuevos Estados intentaban expandirse, la frontera entre los dos Imperios se reforzó todavía más con el cisma de Oriente.

A partir del siglo XIII se inició una nueva orientación en la vida europea. Las infinitas piezas del mosaico político medieval van juntándose en unidades mayores que simplificaron el mapa político de un continente que, a la vez, va perdiendo aquella unidad superior que fue la Cristiandad. Portugal, Castilla, Navarra, Aragón, Francia, Inglaterra y Escocia se afirmaron al oeste del Sacro Imperio. Al otro lado de Europa, Dinamarca, Suecia, Polonia, Lituania, la Orden Teutónica y Hungría se hicieron con un lugar entre el Sacro Imperio, los principados rusos y un Imperio Otomano que se había extendido hasta el corazón del continente.

La evolución que culminó en el Renacimiento con la aparición del Estado soberano dio contenido a toda la Europa moderna. Por su parte, la Reforma protestante introdujo una nueva frontera que unió y separó a individuos, pueblos y Estados en una época en la que se luchaba tanto por la soberanía estatal como por la hegemonía europea. España, Francia e Inglaterra fueron entonces los grandes protagonistas de la Europa occidental, mientras el proceso se va completando con cambios significativos en su parte oriental.

En el siglo XVI los rusos protagonizaron una expansión que modificó seriamente las fronteras que les separaban de teutones, suecos, polacos y otomanos. En el siglo XVII los suecos en el norte y los otomanos en el sur ampliaron espectacularmente las tierras sobre las que ejercían soberanía, mientras que en el centro emergían dos nuevas potencias: Austria, cuyos soberanos —los Habsburgo— eran también emperadores del Sacro Imperio y reyes de Bohemia y de la pequeña Hungría no conquistada por los otomanos; y Brandeburgo, que más tarde se


NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
Cristianía
Helsingfords
Petrogrado
Estocolmo
Tallin
ESTONIA
MAR
BALTICO
RSFSR
IMPERIO RUSO
DINAMARCA
Riga
LETONIA
Copenhague
Ciudad Libre
Memel
LITUANIA
Kaunas
Vilna
Königsberg
Danzig
ALEMANIA
Ocupación polaca, 1919-20
Hamburgo
IMPERIO ALEMAN
Amsterdam
HOLANDA
RUSIA BLANCA
Disputado con Lituania
POSNANIA
ALEMANIA
Berlín
Varsovia
Posen
POLONIA
BELGICA
Bruselas
Malmedy Eupen,
Ocupación aliada
SILESIA
Kiev
UCRANIA
(Ind. 1917-1919)
Sarre, admin. SDN
Praga
LORENA
GALITZIA
Lvov
CHECOSLOVAQUIA
FRANCIA
ALSACIA
Munich
Viena
Bratislava
IMPERIO AUSTRO-HUNGARO
Budapest
SUIZA
AUSTRIA
HUNGRIA
TRANSILVANIA
Cluj
Iasi
BESARABIA
Odessa
TRENTINO
Milán
ISTRIA
Fiume
Zagreb
CROACIA
BANATO
RUMANIA
Ciudad Libre
R. DE LOS SERBIOS, CROATAS Y ESLOVENOS
Belgrado
Bucarest
MAR NEGRO
Zara (Ital.)
BOSNIA
ITALIA
Lagosta (Ital.)
BULGARIA
Roma
Sofía
Zona Internac.
ALBANIA
Estambul
Selonica
Ankara
Valona
GRECIA
Grecia 1920-22
IMPERIO OTOMANO
MAR
Esmirna
Atenas
TUNICIA (Fr.)
MALTA (Brit.)
MEDITERRANEO
(Ital.) DODECANESO
SIRIA (Mandato Fr.)
CHIPRE (Brit.)
EUROPA (1919-1922)
IMPERIO RUSO Estados desaparecidos, 1917-18
Estados que sufrieron pérdidas territoriales o desaparecieron
Zonas de plebiscito
G. LLORENTE

unió al ducado de Prusia, antiguo territorio de la Orden Teutónica, alma del germanismo.

A finales del siglo XVIII se produjeron tres grandes cambios en el Este: en primer lugar, los otomanos retrocedieron frente a los austriacos, dejando en su poder la llanura húngara (Panonia) y Transilvania; en segundo lugar, los suecos retrocedieron frente a los rusos, que avanzaron sobre las costas del Báltico antes de anexionarse Finlandia; y en tercer lugar, los prusianos extendieron su poder sobre Pomerania, Silesia y Prusia occidental. La potencia expansiva de Rusia, Austria y Prusia se pondrá de manifiesto en su común acuerdo para repartirse una Polonia en decadencia, poblada por gentes que hablaban alemán, polaco, lituano, bielorruso y ucraniano.

La desaparición de Polonia no será el único gran cambio de las fronteras inestables ocurrido en la transición del XVIII al XIX. La Francia de la revolución de 1789 desencadenó una serie de guerras contra las potencias del Antiguo Régimen que llevaron sus fronteras más allá del Rin, poniendo las bases de un proyecto imperialista que será derrotado en 1815 y que afectó, de manera más o menos efímera, a casi todas las fronteras europeas, mientras la expansión zarista hacia la región al norte del mar Negro, desde Besarabia a Transcaucasia, consolidaba la posición de los rusos como competidores decididos de austriacos y húngaros en la lucha por la herencia del poder otomano en la Europa suroriental.

La Reforma protestante introdujo una nueva frontera que unió y separó a individuos, pueblos y Estados en una época en la que se luchaba por la soberanía estatal en toda Europa

Estados, fronteras y pueblos en la Europa de 1815

La derrota de la Francia napoleónica permitió a las grandes potencias vencedoras —Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia— diseñar el mapa básico de la Europa del siglo XIX. Las nuevas fronteras nacieron del convencimiento de que había que construir una Europa en la que ninguna de las grandes potencias pudiera imponer su hegemonía a las demás. El equilibrio, y no el respeto a unos hipotéticos sentimientos nacionales emergentes, pero no definidos todavía, presidió la obra de 1815.

En primer lugar, la búsqueda del equilibrio exigió contraponer a la expansiva potencia de la Rusia vencedora de Napoleón, una Francia vencida que conservase una posición firme. Por lo tanto, Francia no fue *desmembrada*, sino *contenida* por una barrera de Estados *tapones* que le impidieron cualquier nueva expansión hacia los valles del Rin o del Po.

En segundo lugar, la búsqueda del equilibrio exigió frenar las ambiciones del gran vencedor continental. Así, Rusia, que se anexionó Finlandia y Besarabia, y que hubiese deseado anexionarse también todos los territorios poblados por polacos, fue obligada a limitar su expansión en el valle del Vístula; las nuevas fronteras dejaron a las poblaciones de habla polaca repartidas entre Rusia, Prusia y Austria.

Por último, la búsqueda del equilibrio exigió fortalecer el territorio, tradicionalmente muy fraccionado, que se extendía desde la frontera de Francia a la de Rusia, sobre la base de la difícil articulación de un espacio *germánico*, en el que estaba emergiendo la potencia de Prusia, con un espacio *austriaco*, que aunque se superponía a una parte del espacio *germánico*, extendía su poder sobre espacios mucho más amplios, donde se mezclaban pueblos germanos con pueblos magiares, eslavos y latinos.

La solución pasó por tres medidas que transformaron las fronteras de toda la Europa central. En primer lugar, se procedió a una radical simplificación de las viejas fronteras interiores del Sacro Imperio, que se sustituyó por una nueva Confederación Germánica en la que una treintena de soberanías simplificaron un mapa sobre el que habían existido más de doscientas. En segundo lugar, se fortaleció mucho a Prusia que, al anexionarse Renania, dejó de ser una potencia al este del Elba para situarse en el Rin, en la *barrera* contra Francia. En tercer lugar, se intentó consolidar el Imperio

austriaco para que, desde el corazón de Europa, fuera capaz de fortalecer políticamente un conjunto de regiones que quedaban encerradas entre la *barrera* de contención francesa, una Prusia emergente, un Imperio Ruso en expansión, un Imperio Otomano en decadencia y una península italiana fraccionada. Para hacer frente a esta *misión*, los Habsburgo dispusieron de dos *instrumentos*.

El primero de ellos fue el control político de un amplio espacio que alcanzaba la Galicia polaca y ucraniana, la Bucovina ucraniana y rumana, la Eslovaquia eslava, la Rutenia ucraniana, la Panonia magiar, la Transilvania rumana y magiar, la Croacia croata, la Eslavonia y la Dalmacia croata y serbia, el Banato magiar, rumano y serbio, la Istria croata e italiana y la Lombardía y el Véneto italianos. El segundo instrumento fue la presidencia de la Confederación Germánica que intentará fortalecer el espacio del desaparecido Sacro Imperio, un espacio en el que tradicionalmente se habían articulado políticamente los Estados germanos con los checos de Bohemia y Moravia, con los polacos de Silesia, con los eslovenos de Estriria, Carniola, Carintia y Górica, y con los italianos de Górica y de Trento, todos ellos súbditos asimismo de los Habsburgo.

Más allá de las piezas señaladas, el equilibrio de 1815 se completó con otros cambios fronterizos que tampoco tuvieron en cuenta la afinidad cultural o histórica de los pueblos que unían o separaban. La Corona de Suecia recibió el reino de Noruega para compensar la pérdida del ducado de Finlandia. La Corona de Dinamarca, para compensar la pérdida de Noruega, recibió los ducados de Schleswig (de lengua mayoritariamente danesa) y de Holstein (de lengua alemana y miembro del antiguo Sacro Imperio y de la nueva Confederación Germánica). Las Provincias Unidas holandesas, protestantes, recibieron los Países Bajos católicos, para fortalecer la *barrera* de contención colocada en las fronteras orientales de Francia. El mismo sentido tuvo, más al sur, la neutralidad de la Confederación Suiza y el fortalecimiento del reino del Piamonte-Cerdeña. La *barrera* que impidió una nueva expansión francesa por la península italiana se completó con el establecimiento de la influencia directa de Austria sobre Parma, Módena, Lucca y Toscana, y con el reparto

El caso de Trieste

De convulsa historia debido al alto valor de su codiciado puerto, Trieste ha sido durante siglos la puerta al mar del Imperio Austrohúngaro. En 1918 fue despojada de su natural hinterland, *la península de Istria, que pasó a la nueva Yugoslavia. Ocupada por los alemanes en 1943, dos años más tarde fue liberada por los partisanos de Tito. Las semanas que duró la ocupación de la ciudad por los comunistas dejaron entre sus habitantes un imborrable recuerdo de muerte, violencias y despojos.*

En 1947 se creó por acuerdo el Territorio Libre de Trieste, que fue situado bajo la garantía del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El territorio fue dividido provisionalmente en dos zonas. La A, administrada conjuntamente por mandos militares ingleses y norteamericanos, comprendía el conglomerado urbano y la parte norte de su zona de influencia; la B, el sur del espacio, quedaba bajo administración yugoslava. La situación era extremadamente compleja en una Europa que comenzaba a tomar conciencia de su división en dos bloques antagónicos.

Con este telón de fondo, el caso de Trieste se presentó extremadamente complejo. El estatuto no tardó en mostrar su real inviabilidad y, ya en 1948, los anglosajones propusieron —sin éxito— la integración de la totalidad del territorio en los límites de Italia. En 1953 otra propuesta sugiere la posibilidad de dividirlo entre los dos países en litigio sobre la base de la distribución provisional vigente.

Un año más tarde, en 1954, se decidió por acuerdo la definitiva adscripción. Italia conservó la ciudad y parte de la zona A, con una extensión total de 235 kilómetros cuadrados; Yugoslavia, la zona B y el resto de la A, con 523 kilómetros cuadrados. El Gobierno de Roma mantenía a la ciudad en régimen de puerto franco, al tiempo que italianos y yugoslavos acordaban la elaboración de un estatuto especial garantizador de los derechos de las minorías. Hasta 1975 Italia no firmó un acuerdo por el que renunciaba definitivamente a la zona B. Para entonces, y desde 1963, la ciudad fue capital de la región de Friuli-Venezia Giulia. La provincia —con algo más de doscientos kilómetros cuadrados— sigue basando su economía en sus tradicionales actividades portuarias.

de la Italia del sur entre dos soberanías: la de los Estados Pontificios y la del reino de las Dos Sicilias.

Al norte y al oeste de Francia las fronteras no cambiaron. La Monarquía inglesa, aunque mantuvo lazos jurídicos con Hannover y se comprometió en la defensa de la *barrera* de contención a Francia, concentró sus principales intereses en el dominio de las rutas marítimas y en la apertura de los mercados ultramarinos desde la tranquilidad que le proporcionaba un continente *equilibrado*. La frontera entre Francia y España volvió a la línea fijada en 1659. Por último, en la frontera hispano-portuguesa, fijada en 1668, se produjo la única excepción con la consolidación, por la vía de los hechos consumados, de la incorporación a España de la plaza de Olivenza.

LAS LENGUAS EUROPEAS

Grupo altáico:	Tártaro, Turco y otras
	Vasco
Grupo indo-europeo:	Albanés
Lenguas bálticas:	Letón y Lituano
Lenguas céltícas:	Bretón, Gaélico y Galés
Lenguas eslavas:	Bielorruso, Búlgaro,Checo, Croata, Eslovaco, Esloveno, Macedonio, Polaco, Ruso, Serbio y Ucraniano
Lenguas germánicas:	Alemán, Danés, Holandés, Inglés, Islandés, Frisón, Noruego y Sueco
	Griego
Románicas:	Catalán, Corso, Español, Francés, Galaico-Portugués, Italiano,Occitano, Reto-Friulés, Rumano y Sardo
Grupo urálico:	Estonio, Finés, Húngaro y otras
Grupo semita:	Maltés

El problema de las minorías nacionales

Hasta finales del siglo XVIII los Estados europeos agrupaban a un conjunto de territorios que mantenían sus propias instituciones junto con un determinado código de fidelidades que se expresaba en el amor al país natal, a la tierra de los ancestros, y en la fidelidad a la persona de un monarca que generalmente lo era también de otros territorios distintos. La revolución liberal, al difundir el *principio de la soberanía popular*, exigió una nueva fuente de legitimación de la soberanía. A partir de este momento, la *nación* y el *sentimiento nacional* se mostraron como los mejores elementos de legitimación de los sistemas políticos contemporáneos.

Por otra parte, a lo largo del siglo XIX se difundió en Europa un modelo de Estado que presidía, mantenía y se identificaba con un tipo de cultura, con una forma de comunicación que predominaba dentro de sus fronteras y que dependía para su perpetuación de un sistema educativo centralizado, supervisado y muchas veces dirigido por el Estado en cuestión, que monopolizaba la *cultura legítima* tanto como la *violencia legítima*. Las razones de esta tendencia parecen claras: el proceso de industrialización necesitaba un grado de movilidad y de comunicación que sólo podía conseguirse socializando a los individuos dentro de una cultura alfabetizada y desarrollada. El crecimiento económico contemporáneo necesitó unidades sociales grandes y culturalmente homogéneas, garantizadas por la protección de un Estado.

De manera paralela al desarrollo del Estado liberal y de la economía industrial, la Europa del XIX elaboró la cultura del nacionalismo. Bajo la influencia de las ideas que señalaban la importancia de la lengua materna para el desarrollo, la educación y la vida cultural de los individuos, distintas comunidades europeas fueron concentrando su interés en su lenguaje y en su folclore y desarrollando una conciencia completamente nueva de su posición como minoría lingüística.

Mientras sus poetas elaboraban una literatura en lengua vernácula y sus historiadores recreaban un pasado más o menos legendario pero en cualquier caso brillante, sus dirigentes empezaron a demandar el reconocimiento de sus lenguas en el aparato administrativo de los Estados en los que vivían. La difusión de la educación llevó la insistencia sobre la *nacionalidad* a todos los círculos sociales. La difusión de las comunicaciones hizo a todos más conscientes de la unidad del grupo al que pertenecían. La difusión del Estado liberal exigió la legitimación de la voluntad popular. Es lógico que el siglo XIX sea *el siglo del nacionalismo*.

ESTADOS Y MINORIAS NACIONALES

ALBANIA:	**Población:**	**1.003.000**	**(1930)**
	Minorías:	50.000	griegos
		7.000	yugoslavos
AUSTRIA:	**Población:**	**6.760.000**	**(1934)**
	Minorías:	52.000	checoslovacos
		25.000	húngaros
		191.000	judíos
		85.000	yugoslavos
BULGARIA:	**Población:**	**5.479.000**	**(1926)**
	Minorías:	27.000	armenios
		11.000	griegos
		47.000	judíos
		69.000	rumanos
		578.000	turcos
CHECOSLOVAQUIA:	**Población:**	**14.729.000**	**(1930)**
	Minorías:	3.318.000	alemanes
		719.000	húngaros
		357.000	judíos
		81.000	polacos
		569.000	ucranianos
ESTONIA:	**Población:**	**1.126.000**	**(1931)**
	Minorías:	16.000	alemanes
		4.000	judíos
		7.000	letones
		92.000	rusos
GRECIA:	**Población:**	**6.205.000**	**(1928)**
	Minorías:	20.000	albaneses
		35.000	armenios
		82.000	búlgaros
		70.000	judíos
		103.000	turcos
HUNGRIA:	**Población:**	**8.648.000**	**(1931)**
	Minorías:	105.000	checoslovacos
		479.000	alemanes
		444.000	judíos
		16.000	rumanos
		34.000	yugoslavos
LETONIA:	**Población:**	**1.900.000**	**(1930)**
	Minorías:	8.000	estonios
		62.000	alemanes
		93.000	judíos
		20.000	lituanos
		50.000	polacos
		230.000	rusos
		36.000	rusos blancos
LITUANIA:	**Población:**	**2.200.000**	**(1931)**
	Minorías:	71.000	alemanes
		166.000	judíos
		14.000	letones
		73.000	polacos
		44.000	rusos
POLONIA:	**Población:**	**32.694.000**	**(1931)**
	Minorías:	30.000	checoslovacos
		1.700.000	alemanes
		2.700.000	judíos
		300.000	lituanos
		56.000	rusos
		4.200.000	ucranianos
		1.500.000	rusos blancos
RUMANIA:	**Población:**	**17.793.000**	**(1930)**
	Minorías:	361.000	búlgaros
		740.000	alemanes
		1.426.000	húngaros
		725.000	judíos
		415.000	rusos
		578.000	ucranianos
		289.000	turcos
TURQUIA:	**Población:**	**13.629.000**	**(1927)**
	Minorías:	134.000	árabes
		64.000	armenios
		96.000	circasianos
		120.000	griegos
		82.000	judíos
		1.184.000	kurdos
YUGOSLAVIA:	**Población:**	**13.934.000**	**(1931)**
	Minorías:	342.000	albaneses
		176.000	checoslovacos
		499.000	alemanes
		468.000	húngaros
		77.000	judíos
		229.000	rumanos
		132.000	turcos

Fuente: Enciclopedia Británica

En la Europa central y oriental, el nacionalismo desarrolló el *principio de las nacionalidades*, según el cual cada *nacionalidad*, reconocible en principio por su lengua, debía constituir su propio Estado y cada Estado debía establecerse sobre una única nacionalidad. En la Europa occidental las situaciones variaron. Aunque en 1830 Bélgica se separó de Holanda, ni los franceses reclamaron la unidad de todos los ciudadanos francófonos de Bélgica y de Suiza dentro de Francia, ni los holandeses pidieron la incor-

Los 14 puntos de Wilson

El día 8 de enero de 1918, cuando todavía faltaban diez meses para la conclusión en Europa de la Gran Guerra, el presidente de los Estados Unidos Wilson proclamaba al mundo los Catorce Puntos *sobre los que debía basarse la reconstrucción de Europa y las nuevas relaciones internacionales tras la esperada paz. Enunciados sintéticamente, los principios son éstos:*

1. Abolición de la diplomacia secreta.

2. Libertad de navegación en todos los mares.

3. Liberalización de los intercambios económicos mundiales.

4. Reducción de armamentos.

5. Satisfacción de las justas *pretensiones* coloniales.

6. Evacuación del área rusa ocupada por las potencias centrales.

7. Restauración de la plena soberanía de Bélgica.

8. Restitución a Francia de Alsacia y Lorena.

9. Rectificación de las fronteras italianas, ajustándolas al principio de las nacionalidades.

10. Libre acceso a la independencia de los pueblos de Austria-Hungría.

11. Evacuación de los territorios de Rumania, Serbia y Montenegro.

12. Independencia de Turquía, apertura de los Estrechos e independencia de los pueblos no turcos del Imperio Otomano.

13. Creación de un Estado polaco independiente con libre acceso al mar.

14. Fundación de una Sociedad de Naciones que garantice la paz general.

poración de los flamencos belgas a Holanda. Por el contrario, los alemanes y los italianos dirigieron sus energías a la consecución de la unión de todos los alemanes y de todos los italianos dentro de Alemania y de Italia.

La combinación de la fuerza de estos sentimientos nacionales con la voluntad política de los gobiernos conservadores de Prusia y del Piamonte a la hora de liderar un proceso que querían controlar en su beneficio, produjo, en la década de los sesenta, una serie de guerras, limitadas y localizadas, que transformaron el mapa de la Europa central con la construcción de una Alemania unida que articuló alrededor de Prusia, con minorías nacionales polacas, a todos los Estados germanos de la Confederación, con la exclusión de los germanos austriacos y con la incorporación de unos alsacianos y loreneses que, aunque compartían la lengua y la cultura alemana, habían dado claras muestras de su voluntad política de ser franceses.

Al hecho fundamental —la aparición en el centro de Europa de una Alemania potencialmente muy poderosa— hay que añadir otros dos hechos también muy importantes: la formación de un reino de Italia que, articulado por el Piamonte, unificó todos los Estados de la península, y la *recolocación* del Imperio de los Habsburgo que, derrotado en Alemania y en Italia, buscó su permanencia en el compromiso con los magiares para repartir el control de un conjunto de tierras pobladas también por eslavos, rumanos e italianos.

A pesar de todos estos cambios, ni todos los europeos de habla italiana se convirtieron en súbditos del nuevo reino de Italia, ni todos los europeos de habla germánica se convirtieron en súbditos del II *Reich* alemán. Por lo que hace referencia a Italia, los principales centros del irredentismo fueron Trento, en el sur del Tirol austriaco y Trieste, el principal puerto de la Monarquía de los Habsburgo, en la península de Istria. Pero mientras que las minorías de lengua italiana vivían contiguas al territorio poblado por la mayoría de los italianos, las minorías de lengua alemana, dejando al margen a los germanos austriacos, estaban ampliamente dispersas por la Europa central y oriental, en medio de poblaciones eslavas y magiares.

El caso del nacionalismo magiar fue un poco especial. Si la fortaleza de una voluntad política *nacional* compartida por nobleza, clases medias y campesinado facilitó su éxito en 1848, su determinación de entender la restauración de Hungría como la restauración de un perdido *imperio* sobre los croatas, serbios y rumanos de Dalmacia, Croacia, Eslavonia, Banato de Temesvar y Transilvania, facilitó su derrota en 1849. Sin embargo, el posterior fracaso de Austria en las guerras de la unidad italiana y alemana les dará, un poco más tarde, la oportunidad de apuntalar el Imperio de los Habsburgo sobre la base de un compromiso que convertirá la Monarquía en un Estado dual en el que los magiares, en paridad con los austriacos, lograrán realizar el programa del 48,

reservando su autonomía del poder de los austriacos e imponiendo la estructura de un Estado nacional magiar a croatas, serbios y rumanos.

Por su parte, distintos pueblos eslavos representaron minorías en los cuatro grandes Imperios de la Europa centro-oriental: Alemania, Austria-Hungría, Rusia y Turquía. En Alemania, los polacos manifestaron su descontento dentro de los estrechos límites que les ofrecía el II *Reich*. En Rusia, los polacos, que habían recurrido a la insurrección y que habían sido dominados con gran violencia, soportaron todo el peso de la autocracia zarista. En la región de los Balcanes, la decadencia del Imperio Otomano y la voluntad rusa de competir con los austrohúngaros en esta región, facilitó la retirada de una frontera otomana que dejaba tras de sí un conjunto de pueblos, alguno de ellos islamizados, sobre los que se empezaron a trazar unas nuevas fronteras que difícilmente podían satisfacer a nacionalismos que competirán sobre tierras en las que se mezclaban culturas distintas. En cualquier caso, a la independencia de Grecia se añadieron pronto las de Rumania, Serbia y Montenegro. El rompecabezas estaba así diseñado.

Por último, en Austria-Hungría las situaciones fueron muy variadas. La situación de las minorías no era la misma en Cisleitania, la parte del Imperio hegemonizada por los austriacos, que en Transleitania, la parte que hegemonizaban los húngaros. En Cisleitania, los checos, italianos, polacos, ucranianos y dálmatas, en función del desarrollo político de su conciencia nacional, podían intentar que sus voces se escucharan en Viena. En Transleitania, croatas, serbios y rumanos se encontraban totalmente dominados por el poder de Budapest.

Las fronteras balcánicas

En el siglo XIX, el retroceso del Imperio Otomano dejó de ser el resultado de cesiones territoriales a otras potencias para convertirse en la consecuencia de la liberación de sus poblaciones sometidas, sin que esto quiera decir que las otras potencias no jugasen un importante papel en el proceso.

La revolución griega, que comenzó en 1821, consiguió en 1830 la independencia de un territorio que no incluía a todos los que hablaban griego. Por esos mismos años los serbios alcanzaron la autonomía de un

¿Morir por Danzig?

El 21 de marzo de 1939, el Gobierno de Berlín vuelve una vez más a mostrar su nada oculta voluntad de proseguir su política expansionista, aunque por el momento referida solamente a espacios habitados por alemanes. Hitler exigirá a las autoridades polacas la cesión de un corredor que comunicase el aislado territorio de Danzig con el conjunto del Reich. Solamente un año antes, en marzo de 1938, Alemania se había anexionado Austria y, poco más tarde, el territorio de los Sudetes. Iniciado ya 1939, había seguido la desmembración de Checoslovaquia y la ocupación del pequeño territorio lituano de Memel.

Ahora le tocaba el turno a Polonia, y la especial situación del importante puerto báltico —legalmente Ciudad Libre— ofrecía a Berlín una idónea excusa para llevar adelante sus planes. Enfrente, Francia e Inglaterra todavía no parecían haber tomado conciencia de los gravísimos riesgos que comportaba su política de ciego apaciguamiento de los apetitos expansionistas de la Alemania nazi. Pero la dictadura militar polaca, exaltadamente patriótica, se negaba rotundamente a ceder ni un ápice de su territorio nacional y a la más mínima rectificación del trazado de sus fronteras.

Pero ni la comprobación de la suerte corrida por Austria y Checoslovaquia ni las recomendaciones conciliadoras de sus aliados occidentales, consiguieron convencer a los coroneles de Varsovia de la necesidad de evitar el enfrentamiento frontal que Hitler demostraba abiertamente buscar. Así, el día 26 se rompieron las negociaciones y París y Londres se veían obligadas a garantizar la integridad de una Polonia visiblemente lanzada al suicidio por lo que no parecía ser más que una insignificante rectificación de límites.

Cuando el 1 de septiembre los ejércitos alemanes se lanzaron sobre las fronteras polacas ya nadie en Occidente se plantea la cuestión ¿Morir por Danzig?, *que hasta entonces había planeado sobre todas las cabezas, en una Europa donde las fronteras se habían convertido en algo absolutamente relativo.*



EUROPA EN 1948
IS. FEROE (Din.)
MAR DEL NORTE
OCEANO ATLANTICO
NORUEGA
Oslo
SUECIA
Estocolmo
FINLANDIA
Helsinki
Leningrado
IRLANDA
Dublin
REINO UNIDO
Edimburgo
Manchester
Londres
DINAMARCA
Copenhague
MAR BALTICO
SSR DE ESTONIA
Riga
SSR DE LETONIA
SSR DE LITUANIA
Vilna
UNION SOVIETICA
Gorki
Moscú
Minsk
HOLANDA
Bremen
Berlin
Gdansk
POLONIA
Varsovia
BELGICA
Colonia
ALEMANIA
Dresde
Wroclaw
LUX.
SARRE
Praga
Cracovia
Lvov
Kiev
Jarkov
Stalingrado
SSR DE UCRANIA
París
Estrasburgo
CHECOSL.
Munich
Viena
Bratislava
Rostov
FRANCIA
SUIZA
LIECH.
AUSTRIA
Graz
Budapest
SSR DE MOLDAVIA
Iasi
Odessa
Burdeos
Lyon
Milán
Zagreb
HUNGRIA
RUMANIA
TRIESTE (T. Libre)
Belgrado
Bucarest
Bilbao
ANDORRA
MONACO
SAN MARINO
Marsella
YUGOSLAVIA
MAR NEGRO
SSR DE GEORGIA
PORTUGAL
Madrid
ITALIA
BULGARIA
Varna
Lisboa
ESPAÑA
Barcelona
Roma
Sofía
Estambul
Tirana
ALBANIA
Salónica
Ankara
TURQUIA
Sevilla
GRECIA
MAR MEDITERRANEO
Dyyarbakir
Tánger
Gibraltar (Brit.)
Argel
Palermo
Atenas
Esmirna
Melilla
Túnez
ARGELIA
MARRUECOS
TUNICIA
MALTA (Brit.)
CHIPRE (Brit.)
SIRIA
IRAK
Alemania y Austria: Ocupación militar norteamericana
Ocupación militar francesa
Ocupación militar británica
Ocupación militar soviética
Ciudades de ocupación conjunta

Las repúblicas bálticas

Los tres países bálticos acceden a su independencia de forma casi simultánea y como efecto de la desintegración del Imperio zarista. Estonia lo hace en febrero de 1918 y Letonia y Lituania en noviembre de ese mismo año. Su decidido antirrusismo convertirá muy rápidamente a las nuevas Repúblicas en verdaderos bastiones de la contención del temido expansionismo bolchevique. Estonia y Letonia —germanizadas, luteranas y burguesas— y Lituania, más próxima a la Polonia feudalizante y católica, se dotan entonces de instituciones y estructuras de corte demoliberal al amparo de sus respectivas Constituciones.

Los planteamientos renovadores —sobre todo, la reforma agraria— contribuyen a modernizar a estos países, pero no serán capaces de enfrentarse a la oleada de autoritarismo que recorre el continente a imagen del fascismo implantado en Italia en 1922. Así, ya en 1926 Smetona instaura una dictadura militar en Lituania. Le siguen por esta vía antidemocrática Pats en Estonia y Ulmanis en Letonia, ambos en 1934. Ante la pasividad de las poblaciones, los ultraconservadores sectores dirigentes se alinean decididamente con la Alemania nazi, que muy pronto va a traicionarles y entregarles en manos de Stalin.

En efecto, el pacto germano-soviético de agosto de 1939 decide la suerte de estos países, que meses más tarde se ven invadidos, una parte de sus poblaciones deportada y sus culturas particulares sofocadas en beneficio del predominio ruso. Convertidos en repúblicas soviéticas, los Estados bálticos deberán esperar hasta el cataclismo de 1989 para volver a ver abierto el camino hacia la recuperación de la independencia perdida.

territorio que tampoco incluía a todos los que hablaban serbio en el Imperio Otomano. En 1862, los principados autónomos rumanos, es decir, latinos, de Moldavia y Valaquia se unificaron bajo el nombre de Rumania.

En los años setenta, las rebeliones de los eslavos de Bosnia-Herzegovina y de Bulgaria, duramente sofocados por el poder otomano, dieron lugar a una intervención decidida de Rusia, que desencadenó una guerra victoriosa y que impuso a los otomanos un tratado que no fue aceptado por las otras grandes potencias. La reunión del Congreso de Berlín (julio de 1878) condujo a la firma del tratado definitivo; un tratado que limitaba la desmembración del Imperio turco en los Balcanes, reconocía las independencias de Rumania, Serbia y Montenegro (las tres ampliadas en su territorio), concedía autonomía a dos pequeños principados búlgaros que tomarán el nombre de Bulgaria y Rumelia Oriental, colocaba la provincia otomana de Bosnia-Herzegovina bajo administración austrohúngara, permitía al Gobierno de Viena asegurarse una hipotética salida al Egeo con el establecimiento de instalaciones militares en el Sandjakato de Novipazar (el territorio que separaba a Serbia de Montenegro) y entregaba a Inglaterra la isla de Chipre, un estratégico bastión.

Los importantes acontecimientos que sacudieron durante la década de los setenta la península de los Balcanes no sólo afectaron a los pueblos eslavos dominados por los otomanos, afectaron también a los eslavos que vivían en el Imperio de los Habsburgo. El descontento generalizado de los serbios y croatas que poblaban las tierras de Austria-Hungría presentará unas causas muy particulares que merece la pena pararse a analizar porque en ellas se encuentra la clave de la reivindicación de la unidad de los eslavos del Sur, de los *yugoslavos*.

Para empezar a entender el problema debemos retroceder, por un momento, hasta el siglo XVIII, cuando los Habsburgo, para defenderse del entonces poderoso Imperio Otomano, establecieron en sus zonas fronterizas una serie de *confines militares* hacia los que atrajeron colonos que, a cambio de la propiedad de unas tierras sobre las que establecerse como hombres libres, debían prestar un servicio militar activo y permanente: una semana de cada tres. La inmensa mayoría de los campesinos que repoblaron estos *confines militares* fue de serbios y croatas venidos de más allá de las fronteras del Imperio Otomano. Estos colonos-soldados, que dependían directamente del Gobierno de Viena, formaron una tropa fiel y disciplinada que en el siglo XVIII proporcionó al ejército austriaco 67.000 hombres sobre un total de 82.000 soldados.

En un entorno en el que dominaba la más severa servidumbre, estos campesinos libres disfrutaban de un estatuto privilegiado. Pero fue pasando el tiempo, se debilitó el Imperio Otomano y también el Austrohúngaro. Finalmente, el *Compromiso Dual* de 1867, integró en la Transleitania húngara los viejos *confines militares* austriacos. La nobleza húngara, que durante varios siglos había necesitado del poder de los Habsburgo para hacer retroceder a los otomanos, ya no precisaba de ese tipo de instituciones, y en los años setenta el Gobierno de Budapest suprimió los *confines militares* del Banato de Temesvar y de Croacia-Eslavonia.

Aunque el argumento húngaro de que la ocupación militar de Bosnia-Herzegovina y del Sandjakato de Novipazar convertía los viejos *confines militares* en algo inútil fuera razonable, los habitantes de esas tierras —croatas y serbios en particular—, sintieron el abandono del emperador y su entrega a una nobleza húngara que intentaba magiarizar todos los territorios que controlaba, como una traición en la que fundamentar el ideal de la unión que en los años siguientes encontró en la Serbia independiente su *banderín de enganche*.

De manera general podemos considerar los veinte años que siguen al Congreso de Berlín como años de estabilidad en los Balcanes. Sin embargo, la debilidad del Imperio Otomano se volvió a hacer patente a comienzos de la década de los ochenta, y en esa coyuntura de precariedad real se produjeron algunas rectificaciones en las fronteras de los Balcanes: en 1881 Grecia se anexionó Tesalia, en 1885 se fusionaron los dos principados autónomos búlgaros y en 1897 Creta alcanzó la autonomía. En cualquier caso, en 1908 se volvía a abrir la caja de los truenos. El temor a que la revolución de los *Jóvenes Turcos* pudiese anunciar un fortalecimiento de Turquía, llevó al Gobierno austrohúngaro a asegurar su posición en los Balcanes anexionándose la provincia otomana de Bosnia-Herzegovina. Ese mismo año, el principado autónomo de Bulgaria, bajo la protección de Austria-Hungría, proclamaba su independencia.

Aunque, por un momento, pareciese que la situación se estabilizaba, la debilidad de un Imperio Otomano que también se extendía por el norte de Africa, ofrecía demasiadas oportunidades a las ambiciones balcánicas. Así, el reparto de Marruecos que siguió

Los Sudetes

En septiembre de 1938, Francia y Gran Bretaña, todavía decididas a proseguir su peligrosa política de apaciguamiento, aceptan en Munich el paso del territorio de los Sudetes, perteneciente a Checoslovaquia, a la soberanía del Reich. Con una población predominantemente alemana, este espacio del norte de Bohemia y Moravia vivía desde hacía varios años en un clima de agitación promovido por el partido nazi local, fuertemente antisemita, que contaba con el apoyo de una parte importante de la población. Muchos alemanes sudetes, como meses antes muchos austriacos, veían en su ingreso en la renacida Alemania el mejor de los destinos posibles.

Tras la guerra, los acuerdos firmados en Potsdam por los vencedores devuelven el territorio sudete a la reconstituida Checoslovaquia. Un decreto del presidente Benes ordena entonces la puesta en práctica de lo que se anuncia como una humana y ordenada transferencia de territorios. En realidad, la expulsión de unos dos millones y medio de alemanes hacia el oeste y su sustitución por contingentes similares de checos constituyó una oscura página más —abusos, despojos, malos tratos— en la reciente historia europea de los forzados trasvases de población. Algo que constituye hasta hoy una negativa memoria muy bien conservada entre estos exiliados y sus descendientes, que configuran un poderoso grupo de presión en la socialcristiana Baviera.

En 1989 el desmoronamiento de las dictaduras comunistas abre una nueva era en la historia de Europa, poniendo a la luz cuestiones que parecían definitivamente arrumbadas por el paso del tiempo. A partir de este momento, la manifiesta voluntad de las nuevas autoridades checoslovacas de devolver a sus antiguos propietarios los bienes que el régimen comunista había nacionalizado hizo pensar a muchos sudetes en la posibilidad de recuperar aquello de lo que habían sido privados por la fuerza en el momento de su expulsión.

En febrero de 1992, el presidente checo Havel y el canciller alemán Kohl firmaron en Praga un tratado normalizador de las relaciones entre los dos países, decididos a apartar definitivamente viejos fantasmas del pasado que hasta ahora han ensombrecido el escenario centroeuropeo.

a la crisis de 1911 llevó a Italia a declarar la guerra a los turcos para cumplir su designio de hacerse con el control de las provincias otomanas de Tripolitania y Cirenaica. La nueva derrota turca convencerá a los Estados balcánicos de que ha llegado la hora de forzar la total retirada otomana.

Las guerras balcánicas de 1912-1913 empezaron enfrentando a Turquía con Serbia, Montenegro, Bulgaria y Grecia. Cuando la derrota otomana colocó el conflicto en el reparto de las tierras ganadas, la guerra pasó a enfrentar a Serbia, Montenegro y Grecia (a los que se unieron pronto rumanos y turcos) con una Bulgaria que reivindicaba toda Macedonia. Al final, y tras la intervención diplomática de las potencias, el resultado de las guerras balcánicas arrojó un balance importante y decisivo para el establecimiento de las fronteras en esa península.

El Imperio Otomano en Europa quedaba reducido a Tracia oriental, con una frontera que se conserva en nuestros días. Nacía una Albania independiente que, aunque se extendió entre Montenegro y Grecia, no incorporaba a los albaneses de Kosovo. Serbia (que incorporaba Kosovo), Montenegro, Bulgaria y Grecia (que incorporaba Creta), se repartieron el resto del territorio del que desaparecía el poder otomano. Los macedonios, que en su mayor parte se integraron en Serbia, quedaron repartidos también por las tierras de Grecia y Bulgaria.

Mutilar Alemania, desintegrar Austria-Hungría y reconstruir Polonia fueron las líneas maestras de la Conferencia de París

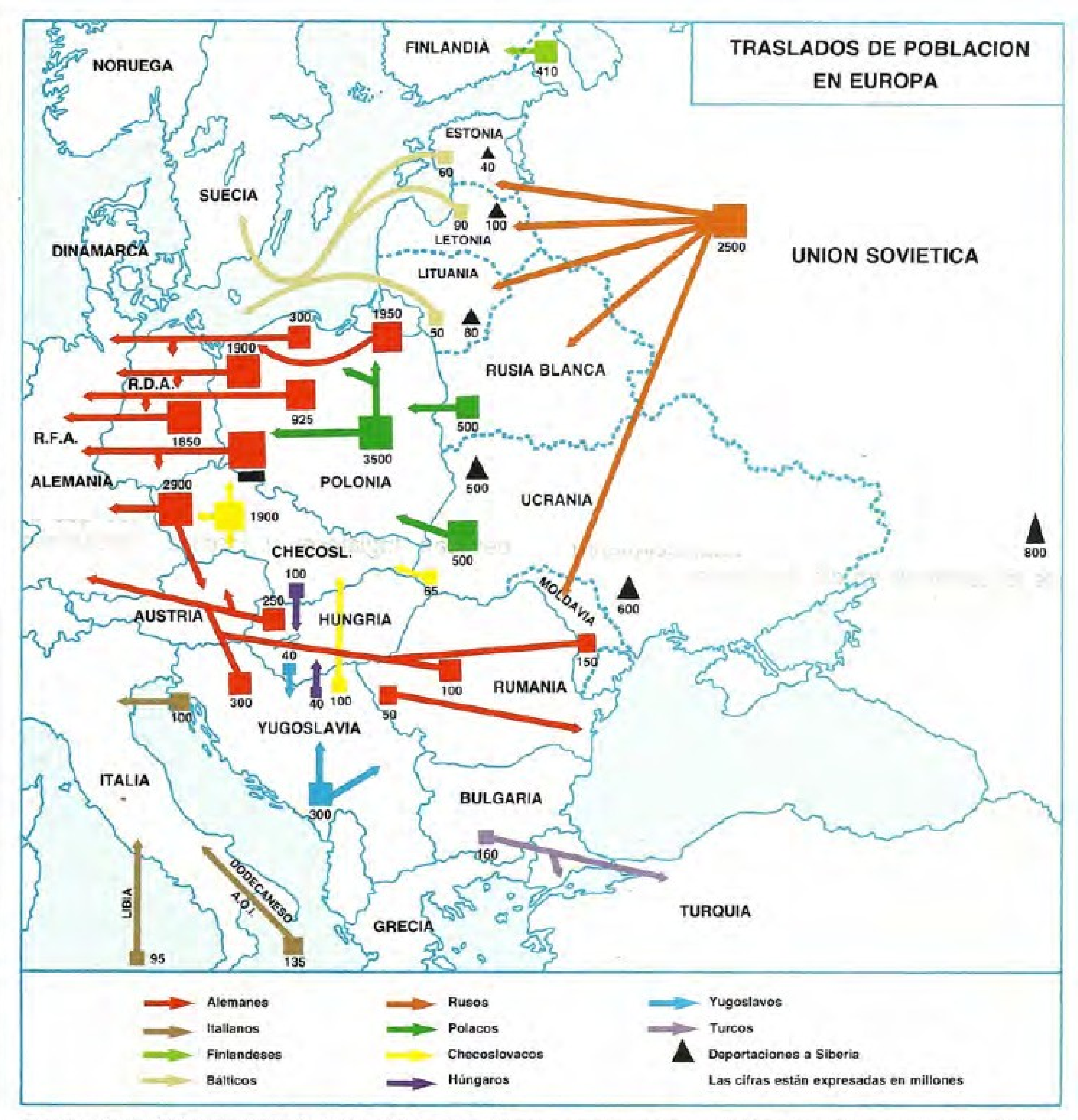
La caída de los viejos Imperios y las nuevas fronteras

En vísperas de 1914, Europa había completado una etapa de su historia en la que, sobre el diseño estratégico de los vencedores de la Francia napoleónica, el crecimiento económico, la expansión del liberalismo, el desarrollo del sentimiento nacional, la política conservadora de las grandes potencias y la decadencia del Imperio Otomano, habían ido dibujando unas nuevas fronteras estatales, que sólo en algunos casos se acoplaban mejor que las antiguas a las numerosas fronteras geográficas, étnicas, culturales e históricas que durante siglos habían unido y separado a los europeos.

La Gran Guerra, que enfrentó a Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria con Inglaterra, Francia, Rusia, Italia, Portugal, Rumania y Grecia, será la ocasión de un nuevo diseño del mapa político de Europa; sobre todo porque los dos grandes acontecimientos de 1917, el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia —con su retirada de la guerra europea y el inicio de la guerra civil— y la entrada de Estados Unidos en la guerra al lado del bloque que lideraban Inglaterra y Francia, producirán una situación histórica marcada por la derrota total de los Imperios centrales y por el debilitamiento del poder ruso en sus territorios más occidentales. Sobre la base de la derrota de estos Imperios y del miedo a la revolución que podía impulsar una Rusia comunista, las potencias vencedoras realizaron en la Conferencia de París un trabajo poco afortunado. En el terreno de las fronteras, las decisiones de mutilar Alemania, desintegrar Austria-Hungría, reconstruir Polonia y establecer un *cordón sanitario* delante de la Rusia soviética, marcaron las líneas maestras de las nuevas fronteras europeas.

Aunque invocase el principio de las nacionalidades, la Conferencia de París se debatió entre las dificultades de aplicar este principio a una Europa en la que aquellas se entremezclaban, sin beneficiar a los vencidos, y la necesidad estratégica de contar, entre los Estados derrotados y la Rusia soviética, con un conjunto de Estados que tuviesen en el mantenimiento del nuevo *statu quo* la máxima garantía de su supervivencia.

Analicemos en primer lugar las nuevas fronteras de Alemania. En el oeste perdió Alsacia y Lorena, que volvieron a Francia, y los distritos de Moresnet, Eupen y Malmédy, que pasaron a Bélgica. Aunque los habitantes de Alsacia y Lorena pudiesen compartir con los alemanes del otro lado del Rin etnia y cultura, estas gentes habían demostrado en el pasado su deseo de ser franceses. En el norte, un plebiscito incorporó a Dinamarca casi todo el Schleswig (de población danesa). En el este, las necesidades de Polonia y Lituania complicaron el teórico traza-



Finalizada la II Guerra Mundial, los países vencedores se apresuraron a deshacerse de sus minorías étnicas. Los alemanes residentes en los países de Europa oriental y los Balcanes sufrieron especialmente esta política

do de fronteras nacionales. Un *corredor polaco* y el estatuto de *ciudad libre* para Danzig (unas tierras en las que se mezclaban germanos y polacos y una ciudad incontestablemente alemana), separaron del resto de Alemania a Prusia oriental, mutilada en la zona de Memel, para dar la salida al mar a una Polonia que completaba sus tierras occidentales con Posnania y una parte de Alta Silesia, zonas en las que los polacos eran mayoría.

La desmembración del Imperio Austrohúngaro supuso la más absoluta fragmentación de la Europa central, sin que el reparto de territorios entre Estados *residuales* y Estados herederos de nuevo y viejo cuño, proporcionase a esta región unas fronteras más acordes con el *principio de las nacionalidades*. Si empezamos el análisis por los Estados *residuales*, advertimos que austriacos y húngaros fueron duramente castigados. Austria quedó reducida a un pequeño territorio de germanoparlantes, completamente desequilibrado por una ciudad, Viena, que contaba con la mitad de los habitantes del nuevo Estado; un territorio que por supuesto no incluía a los tres millones de germanoparlantes *sudetes* que vivían al norte, en las montañas que cierran el cuadrilátero de Bohemia. Por su parte, Hungría quedó reduci-

da a un pequeño territorio, que dejaba fuera a millones de magiares repartidos por Eslovaquia y Rutenia en el norte, y por Voivodina, Banato y Transilvania en el sur.

Al norte y al sur de los Estados *residuales* de Austria y de Hungría, la Conferencia de París creó, de nuevo cuño, dos Estados *herederos:* Checoslovaquia y Yugoslavia. Checoslovaquia se diseñó *ex novo* uniendo un conjunto de territorios que históricamente tenían poco en común y que ni siquiera estaban poblados exclusivamente por pueblos eslavos. En efecto, aunque todos los territorios habían dependido de los Habsburgo, Bohemia, Moravia y esa pequeña parte de Alta Silesia habían pertenecido durante siglos a conjuntos políticos *austriacos:* primero al Sacro Imperio, después a la Confederación de 1815 y más tarde a la Cisleitania; por el contrario, Eslovaquia y Rutenia habían estado durante siglos bajo control húngaro.

La desmembración del Imperio Austrohúngaro fue la fragmentación de la Europa central, sin tener en cuenta el principio de las nacionalidades

Tampoco las lenguas podían ser la base de la unificación del nuevo Estado: en las montañas de Bohemia vivían unos tres millones de *sudetes* germanoparlantes, tradicionalmente ligados a Viena; en Bohemia y Moravia vivían checos; en la pequeña Silesia se mezclaban checos y polacos; en Eslovaquia, a la mayoría de eslovacos se sumaba una importante minoría de magiares, y en la Rutenia subcarpática la mayoría de ucranianos se mezclaba con una minoría de magiares.

Yugoslavia se diseñó también *ex novo*, pero partiendo de dos Estados preexistentes: Montenegro (culturalmente serbio) y Serbia, que a las antiguas tierras otomanas pobladas por gentes de habla serbia, alfabeto cirílico y religión ortodoxa, había añadido en 1913 zonas de lengua serbia pero con minorías islamizadas, Kosovo (con gentes de lengua albanesa y religión musulmana) y casi toda Macedonia (donde se mezclaban todos los vecinos). Sobre esta base, el nuevo Estado de los *eslavos del sur* se completaba con los siguientes territorios de Austria-Hungría: Dalmacia (poblada por croatas, con alfabeto latino y religión católica; ligada a la República de Venecia antes de pasar a depender de Austria), Eslovenia (poblada por eslovenos), Croacia-Eslavonia (poblada por croatas y serbios), Voivodina con la parte occidental del Banato (poblada por magiares, serbios y germanos) y Bosnia-Herzegovina (poblada por serbios, croatas y, como minoría mayoritaria, un pueblo musulmán que compartía la misma etnia y lenguas que los vecinos serbios y croatas con los que se entremezclaba).

Más allá de los Estados *residuales* y de los dos Estados *herederos* de nuevo cuño, la desmembración del Imperio Austrohúngaro se completó con el reparto de los demás territorios entre otros tres Estados: Polonia, Rumania e Italia. En efecto, toda Galicia (la occidental poblada por polacos y la oriental poblada por ucranianos, con minorías polacas) terminará formando parte de una Polonia que debería haber incorporado sólo la parte occidental pero que rechazó por las armas unas fronteras estrictamente *nacionales*. Bucovina (poblada por ucranianos y rumanos, con minorías germanas), Transilvania (poblada por rumanos con importantes minorías magiares y germanas) y el Banato oriental (poblado por rumanos, con minorías germanas y magiares) se incorporaron a Rumania. Istria (poblada por italianos, croatas y eslovenos) y Trento (poblado por italianos y tiroleses germanoparlantes) se incorporaron a Italia.

El importantísimo retroceso de las fronteras de la nueva Rusia soviética, permitió a Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania alcanzar la independencia nacional; a Polonia restaurar momentáneamente su viejo poder sobre bielorrusos y ucranianos; y a Rumania completar un territorio *nacional* repleto de minorías culturalmente distintas.

No resultó fácil definir las nuevas fronteras de Polonia. La Conferencia de París deseó unas fronteras *nacionales* que incluyesen en el nuevo Estado sólo territorios poblados mayoritariamente por gentes de lengua polaca. Sobre esa base, la Conferencia separó de Alemania el *corredor polaco* de Pomerelia y Posnania; sobre esta base repartió la Alta Silesia entre Alemania y Polonia, y sobre esta base envió a la zona una comisión de expertos presidida por lord Curzon para trazar sobre el terreno la línea que separaba los territorios de mayoría polaca de los que tenían mayoría bielorrusa o ucra-

niana. Esta frontera, conocida como *línea Curzon*, que debía haber separado a Polonia de Lituania y de la Unión Soviética, no fue aceptada por la Polonia *nacionalista* que desencadenó en 1920 una guerra contra los rusos para extender su frontera oriental sobre una amplísima franja territorial poblada por bielorrusos y ucranianos, y *salpicada* por minorías lituanas, polacas y germanas. El Tratado de Riga de 1921 y la toma de la ciudad de Vilna a finales de 1922 consolidaron momentáneamente una frontera política con poco futuro. En 1939 y en 1945 los soviéticos impondrán la *línea Curzon*.

La nueva frontera rumano-ucraniana pasó del Pruth al Dniester. Rumania se anexionó Besarabia, la región que, con salida al mar Negro, se extiende entre el Dniester, el Pruth y el tramo final del Danubio, una región rumana (con minorías ucranianas) que en la zona marítima del sur presentaba una situación cultural completamente distinta, con la mezcla de gentes de lengua ucraniana, germana y búlgara.

La frontera greco-búlgara se modificó a favor de Grecia, que se anexionó la Tracia occidental (poblada por griegos, con minorías búlgaras), con lo que Bulgaria perdía la salida al Egeo que había alcanzado en 1913. Como en el caso de la frontera polaco-soviética, que terminará siendo distinta de la fijada por la Conferencia de París, la frontera greco-turca impuesta por los vencedores será modificada por la fuerza de las armas inmediatamente después de terminada la Primera Guerra Mundial.

En efecto, mientras los vencedores negociaban la paz con el Gobierno del sultán de Constantinopla, desde Ankara, la revolución liderada por Mustafá Kemal, que estaba terminando con el viejo Imperio Otomano, se encontraba decidida a enfrentarse con las armas a griegos, británicos e italianos para recuperar el control perdido de una buena parte de la Anatolia occidental. Así, aunque la Conferencia de París entregase a Grecia la Tracia oriental (excepto Constantinopla y sus alrededores) y la región de Esmirna (en la Anatolia occidental), el resultado de la guerra greco-turca (1920-1923) obligó a los griegos a renunciar a esas dos regiones.

El resultado de la guerra greco-turca no se limitó al establecimiento de una determinada línea fronteriza entre los contendientes. Por primera vez en la época contemporánea, el establecimiento de una determinada frontera interestatal fue acompañado del traslado forzoso de poblaciones. Así, un total de 1.400.000 cristianos de origen griego que habían vivido durante siglos en Anatolia, fueron transferidos a Grecia, y unos 400.000 turcos, que también habían vivido durante mucho tiempo en Grecia, fueron transferidos a Turquía. El Gobierno de Atenas *aprovechó la ocasión* para expulsar también a las minorías búlgaras que vivían en la Tracia occidental.

1945-1950: nuevas fronteras y traslados de poblaciones

La búsqueda de la homogeneización étnico-cultural de Estados que no lo eran comenzaba a cambiar el mapa étnico-cultural de Europa. La fortaleza del sentimiento nacional de unas minorías que no terminaron de integrarse en los Estados en los que vivían, la política pangermanista y hegemonista de la Alemania nacionalsocialista y el fracaso de la Sociedad de Naciones a la hora de garantizar internacionalmente a las minorías, permite empezar a entender, que no a justificar, las razones de una política que se generalizará después de la Segunda Guerra Mundial.

El retroceso de las fronteras de la nueva Rusia soviética permitió a Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania alcanzar la independencia

Aunque conviene relacionar las fronteras de después de la Segunda Guerra Mundial con las establecidas después de la Primera, con objeto de valorar mejor los cambios introducidos, debemos recordar antes los cambios realizados por la Alemania nacionalsocialista en el centro de Europa a partir de 1938, así como las consecuencias del pacto germano-soviético de 1939, ya que algunos de estos cambios se mantendrán después de 1945.

En 1938, después de la anexión de Austria al *Reich* alemán, comenzó el proceso de destrucción de Checoslovaquia, que culminó en 1939 con su reparto completo. Los territorios montañosos poblados por los *su-*

detes germanoparlantes de Bohemia, fueron incorporados a la *Gran Alemania*. Bohemia-Moravia se convirtió en un *protectorado* alemán. El sur de Eslovaquia (con población magiar) y Rutenia subcarpática (con población ucraniana y minorías magiares) fueron incorporadas a Hungría. Eslovaquia fue declarada independiente.

En 1939, el reparto de Polonia entre Hitler y Stalin culminó en los acuerdos de septiembre que fijaron en la *línea Curzon* el límite entre sus dos ejércitos. Las operaciones militares, que cada parte llevó hasta la nueva frontera, consolidaron un nuevo reparto de Polonia. Danzig, el *corredor* (Pomerelia), Posnania y la región al sur de la Prusia oriental se incorporaron a la *Gran Alemania*. El resto de la Polonia al oeste de la *línea Curzon* se convirtió en una *colonia* alemana. La Rusia soviética recuperó todos los territorios poblados fundamentalmente por bielorrusos y ucranianos. Lituania se anexionó la franja de Vilna.

LA POBLACION DE ALGUNAS MINORIAS EUROPEAS ANTES DE 1989

BELGICA	**Población total:**	**9.853.023**
Grupos lingüísticos:	Valones:	3.192.379
	Flamencos:	5.616.223
	Alemanes:	59.118
CHECOSLOVAQUIA	**Población total (1985):**	**15.479.642**
Grupos nacionales:	Checos:	9.829.572
	Eslovacos:	4.829.648
	Húngaros:	588.226
POLONIA	**Población total:**	**37.063.300**
Grupos minoritarios:	Alemanes:	200.000
	Ucranianos:	180.000
	Bielorrusos:	165.000
RUMANIA	**Población total (1977):**	**21.559.910**
Grupos minoritarios:	Húngaros:	1.705.810
	Alemanes:	348.444
	Gitanos:	229.986
YUGOSLAVIA	**Población total:**	**22.800.000**
Grupos étnicos:	Serbios:	8.140.452
(1981)	Croatas:	4.428.005
	Eslovenos:	1.753.554
	Albaneses:	1.730.364
	Macedonios:	1.339.729
	Montenegrinos:	579.023
	Húngaros:	426.866
	Turcos:	101.191
	Eslovacos:	80.334
	Rumanos:	54.955
	Búlgaros:	36.189
	Italianos:	15.132

Fuente: Atlas de Agostini, 1987

Durante los años de la Segunda Guerra Mundial fueron muchas las fronteras europeas que se vieron profundamente modificadas por la política de la Alemania nacionalsocialista. También la guerra en Europa y la política de Alemania provocaron traslados de poblaciones y el exterminio de la mayor parte de los judíos; traslados y exterminio que modificaban claramente el mapa étnico-cultural del continente.

Cuando la guerra terminó, y mientras se producía la ruptura entre Estados Unidos y la Unión Soviética, los grandes vencedores impusieron en Europa una rectificación de las fronteras de 1937 y un importantísimo traslado de poblaciones que se consolidará a lo largo de toda la *guerra fría*. Los cambios más llamativos se producirán en la frontera occidental de la Unión Soviética donde Moscú dio por consolidadas las fronteras de 1941 —las fronteras con las que había entrado en la guerra— y mejoró otras posiciones perdidas en 1917.

La frontera con Finlandia se modificó para incorporar a la Unión Soviética la región de Petsamo y varias zonas de Carelia que, sobre todo, sirvieron para proteger a Leningrado y para fortalecer la posición soviética en el golfo de Finlandia. 400.000 fineses del istmo de Carelia fueron expulsados y reemplazados por otros tantos colonos rusos. Estonia, Letonia y una Lituania que conservó la región de Vilna, no recuperaron la independencia alcanzada tras la Primera Guerra Mundial y se convirtieron en sendas Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Alemania, que más tarde quedará partida en dos por el *telón de acero*, fue castigada con la pérdida de todos sus viejos territorios al este de la línea marcada por los ríos Oder y Neisse; es decir, Alemania perdió Prusia oriental, Pomerania y Silesia, regiones que, aunque tuviesen minorías polacas, estaban pobladas por gentes incontestablemente alemanas. Polonia fue *empujada* hacia el oeste para que pasase a ocupar las tierras que quedaban entre la *línea Oder-Neisse* y la *línea Curzon;* es decir, a cambio de las tierras de más allá de la *línea Curzon*, pobladas fundamentalmente por bielorrusos y ucranianos, Polonia recibía Pomerania, Silesia y el sur de la Prusia oriental, regiones pobla-

Mujeres de Azerbaidján se defienden de los rigores del invierno (arriba). Un grupo de azeríes, de la zona de Nakhichevan, en la frontera con Irán. La dureza del clima hace aún más difícil la situación de estos habitantes

das por cerca de 11.000.000 de alemanes que serán obligados a abandonar sus casas, ciudades y tierras para ser transferidos al interior de las nuevas fronteras de Alemania. Las casas, ciudades y tierras de Pomerania, Silesia y Prusia oriental, abandonadas forzosamente por los alemanes, serán repobladas con 4.500.000 polacos, entre los que se encontraban 1.500.000 que habían sido obligados a abandonar sus casas, ciudades y tierras del este de la *línea Curzon*.

Con este nuevo trazado de las fronteras, entre Polonia y Lituania quedó *aislada* la zona norte de la Prusia oriental, con la capital de la región, Königsberg. Pues bien, esta zona será repoblada con rusos y se incorporará a la República Socialista Soviética de Rusia, quedando como un *islote* de esta Federación en el Báltico. Königsberg se transformó en Kaliningrado.

La desaparición de la Unión Soviética ha destapado la caja de los odios ancestrales en unas regiones empobrecidas y llenas de conflictos

Austria, Hungría, Albania y Grecia recuperaron las fronteras de después de la Primera Guerra Mundial. Yugoslavia fue reconstruida sobre la base de sus anteriores fronteras, incorporando además la península de Istria y la región de Venecia-Julia, unos territorios que tras la Primera Guerra Mundial fueron entregados a Italia pero que estaban poblados fundamentalmente por croatas y eslovenos. La ciudad-puerto de Trieste, con un pequeño territorio circundante, enclave italiano y croata, obtuvo el estatuto jurídico de *territorio libre* para, años después, ser repartido entre Italia y Yugoslavia.

Checoslovaquia fue reconstruida, aunque sus fronteras y su composición étnico-cultural fueron profundamente modificadas. Rutenia subcarpática, poblada fundamentalmente por ucranianos, fue incorporada a la República Socialista Soviética de Ucrania que, con los distintos cambios que se producen en ese momento, consigue por primera vez en la historia unificar a todos los ucranianos. Los 3.000.000 de *sudetes* germanoparlantes que vivían en las montañas de Bohemia tuvieron que buscar refugio, en la Alemania occidental los más, y en Austria los menos. Las minorías eslavas de la Rutenia ucraniana, unas 180.000 personas, fueron igualmente rechazadas hacia Checoslovaquia donde, junto con 1.800.000 checos, repoblaron los territorios *sudetes*. 100.000 magiares de Checoslovaquia fueron expulsados hacia Hungría que, a su vez, expulsó hacia Checoslovaquia 100.000 eslovacos. Hungría expulsó también 200.000 germanos hacia la Alemania occidental y 40.000 serbios hacia Yugoslavia. Por su parte, Yugoslavia expulsó a 250.000 germanos hacia Alemania occidental y 40.000 magiares hacia Hungría.

Rumania y Bulgaria también verán modificarse sus anteriores fronteras. Rumania tuvo que entregar a la Unión Soviética el norte de Bukovina y toda la Besarabia, regiones donde eran clara mayoría los rumanos. El norte de Bukovina y el sur de Besarabia se incorporaron a la República Soviética de Ucrania, la mayor parte de Besarabia se incorporó a la República Socialista Soviética de Moldova. La frontera rumano-búlgara se rectificó con la incorporación a Bulgaria del sur de Dobruja, una zona poblada por búlgaros. Rumania expulsó hacia Austria a sus minorías germanas. 100.000 turcos que vivían en Bulgaria y 90.000 que vivían en Grecia fueron expulsados hacia la Turquía europea.

El mapa de la Europa dividida entre las hegemonías de los dos grandes vencedores de la Segunda Guerra Mundial, no sólo presentaba modificaciones significativas de unas fronteras interestatales sobre las que se superpuso la nueva frontera del *telón de acero*. Los traslados forzosos de más de 24.000.000 de europeos para *acomodar* las nuevas fronteras interestatales a unas determinadas realidades *nacionales*, traslados que se sumaban a los que siguieron a la firma del tratado de Lausana de 1921 y a los que favoreció la Segunda Guerra Mundial, supusieron una verdadera remodelación étnico-cultural de una Europa de la que, no hay que olvidarlo, habían desaparecido 6.000.000 de judíos.

Si desgraciadamente quedaron muy pocos judíos en la Europa central, los gitanos, a pesar de la persecución de que fueron objeto, siguen siendo numerosos allí: entre 1.500.000 y más de 2.500.000 según las distintas estimaciones del volumen de unas comunidades todavía profundamente nómadas. Las minorías gitanas más importantes

se encuentran en Rumania (1.000.000), en Hungría (320.000), en la antigua Checoslovaquia (300.000), en la antigua Yugoslavia (180.000) y en Bulgaria (150.000).

El hundimiento de la Unión Soviética

La Europa oriental, bajo el férreo dominio de la Unión Soviética, permaneció *congelada* sobre la base de una forzada *solidaridad internacionalista* y cerró en falso las gravísimas heridas causadas por los numerosos crímenes cometidos durante la guerra. Por esta razón, la desaparición de la Unión Soviética no sólo ha liberado a un conjunto de Estados europeos de su antigua condición de *satélite* o de república falsamente *federada*, sino que a la vez ha destapado la caja de los odios ancestrales en unas regiones empobrecidas económicamente, en las que se acumulan viejos conflictos nacionales.

El hundimiento de la Unión Soviética permitió, a partir del año 1989, que Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria dejasen de ser *satélites* rusos, que la República Democrática Alemana se integrase en la República Federal de Alemania, que Estonia, Letonia, Lituania, Bielorrusia, Ucrania y Moldova rompiesen una federación no querida con Rusia, y que Albania se uniese también al dificilísimo proceso en el que están inmersos todos estos Estados para transitar del comunismo al liberalismo político y económico, sin caer en las redes de unos políticos que pueden tener la tentación de legitimarse sobre la base de un nacionalismo excluyente.

Pero el hundimiento de la Unión Soviética, junto con el fracaso de la Comunidad Económica Europea y de la Organización de Naciones Unidas a la hora de articular una política común y firme, han permitido también que se empiecen a modificar por la fuerza de las armas y por la violencia de la *limpieza étnico-cultural* las fronteras de 1989. Mientras Yugoslavia desaparece en medio de la violencia más brutal, con miles de muertos y millones de desplazados, el 1 de enero de 1993, Eslovaquia se separaba de Chequia. Esas mismas viejas fronteras y las del Imperio Otomano en los Balcanes explican las líneas que, en medio de la guerra, separan a eslovenos, croatas y serbios y bosnio-herzegovinos musulmanes.

Al escribir estas páginas en agosto de 1993, parece razonable sustituir una imposible *conclusión* por una serie de preguntas que sólo el futuro podrá responder con seguridad. ¿Quién tendrá la mala fortuna de ser el siguiente en la lista de las víctimas del nacionalismo serbio: los albaneses de Kosovo o los húngaros de Voivodina? ¿Cuánto territorio adicional hará falta para satisfacer al nacionalismo croata? ¿Desaparecerán de la Europa balcánica las comunidades musulmanas no albanesas? ¿Podrán los macedonios consolidar un Estado nacional a pesar de la oposición de Serbia y de Grecia? ¿Se terminará integrando Moldova en Rumania? ¿Aprenderán los nacionalistas eslovacos a vivir en paz con la amplia minoría húngara del sur de su Estado? ¿Reivindicará Hungría una rectificación de sus fronteras para cobijar a los muchos magiares que viven en Eslovaquia, Serbia y Rumania? ¿Será capaz el Consejo de Seguridad de la ONU de liderar una acción internacional que controle los conflictos e impida que se consolide el triunfo de la agresión de los más fuertes?

B I B L I O G R A F I A

Béhar, Pierre: *L'Autriche-Hongrie idée d'avenir. Permanences géopolitiques de l'Europe centrale et balkanique*, París, Éditions Desjonquères, 1991.

Cambridge University Press: *Historia del Mundo Moderno, Tomo XIV: Atlas*, Barcelona, Editorial Ramón Sopena, 1980.

Chaliand, Gérard & Rageau, Jean-Pierre: *Atlas político del siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

Droz, Jacques: *L'Europe centrale. Evolution historique de l'idée de «Mitteleuropa»*, París, Payot, 1960.

Duby, Georges: *Atlas histórico mundial*, Madrid, Editorial Debate, 1992 (especialmente ilustrativo).

Kidron, Michael & Segal, Ronald: *Atlas del estado del mundo*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1982.

Labasse, Jean: *Les régions européennes*, París, Flammarion, 1992.

Mellor, R.: *Europe: a geographical survey of the continent*, Londres, MacMillan Press, 1975.

Sellier, André & Sellier, Jean: *Atlas des peuples d'Europe Centrale*, París, Éd. La Découverte, 1991.

Westermann Grosser Atlas zur Weltgeschichte, Braunschweig, Westermann, 1988.

CUIDA el Ozono

